

suma los movimientos ondulantes de la bailarina, llevando el compás con sus piadosos pies. Resumen: el fandango fué absuelto.»

Y, sin duda por eso, este baile tan bello, tan gracioso y tan español no se baila ya. ¿No sería cosa de solicitar una revisión del proceso?

Entretanto puede que lo sea de aprender el tango argentino, yendo a la academia a la hora de los señores formales.

Señores, ¡cómo está la formalidad!



## El sepulcro y sus guardianes.

Durante la madrugada y la mañana de este Viernes Santo, mi calle, que es casi camino para la romería de la Cara de Dios, ha sido una continua carcajada femenina, inacabable vocear de borrachos, desaforados cánticos y molesto sonar de trompetillas. Cualquiera convence a un extranjero que hoy nos haya visitado de que somos la nación católica por excelencia. La verdad es que por falta de motes no nos hemos de morir.

Sin embargo, mal hará quien nos juzgue descreídos por esas apariencias de bullanga en estos días de recogimiento y misterio. En el fondo de nuestra alma asiéntanse firmes las creencias; pero somos un pueblo triste, que se rebela contra la tristeza y que procura poner una nota de alegría hasta en los momentos más solemnes, y por eso las mantillas, los claveles, y los piropos del Jueves Santo, y los mantones de Manila, los «matasuegras», los churros y el aguardiente de la Cara de Dios.

Además, en el fondo, y en cuanto a las formas

del culto somos todavía un tanto paganos, y la Iglesia contemporiza un poco con ciertas costumbres que no hablan, ciertamente, en favor de la pureza de nuestros sentimientos religiosos, pero que acaso, aunque parezca paradoja, contribuyen a su exaltación.

Uno de estos últimos años llevéme la casualidad el día de Viernes Santo, a cierto pueblo de esta provincia cuyo nombre no hay para qué recordar.

En los pueblos está más arraigado el sentimiento religioso, y yo esperaba encontrarme a éste recogido en el dolor del «drama» que conmemora la Iglesia; pero hallé a los vecinos alborotados y con las más ruidosas señales de alegría, bien así como si acabaran de descubrir que antes era para celebrado con risas alegres que sentido con lágrimas de dolor el inefable bien de la Redención del género humano.

Redoblaba incansable un tambor, y de vez en vez sonaba destempladamente una corneta. Al oír-la, las mujeres y los chiquillos daban un grito de satisfacción: «Ya están ahí», y salían corriendo hacia donde la «música» sonaba. Los hombres reíanse y echaban en pos de ellas también.

Yo, forastero y curioso, les imité.

Ante una de las varias e incontables bodegas del lugar, y rodeados de un compacto grupo de vecinos, vecinas y vecinillos, que les daban «vaya» a gritos, veíanse seis grotescos sayones, seis caricaturas de sayón, armados cuatro de ellos de lar-

gas lanzas de caña, y de tambor y corneta los otros dos.

—¿Qué es esto?—pregunté.

—Son—me respondió una mujer—los soldados romanos que tienen que custodiar el sepulcro del Señor, y que ahora andan en la «prueba».

La «prueba», por lo que me explicaron, consistía en recorrer en correcta formación todo el pueblo, parándose ante todas las bodegas,—una casa sí y otra no—, para demostrar su fortaleza de soldados incorruptibles probando de cada tinaja un poco, como hombres fuertes, a quienes no había de tambalear azumbre más o menos.

Ellos no eran como los del año pasado, y el otro, y el otro, que cayeron en seguida estúpidamente, dejándose robar el sepulcro santo, confiado a su custodia. Lo que es por esta vez se fastidiaban, y la resurrección no se verificaría hasta que ellos quisiesen, y fuera el pueblo todo a pedírselo, con el señor cura a la cabeza. Había mucha resistencia en aquellos estómagos privilegiados y mucha firmeza en el adoquín que llevaban sobre los hombros, para que los venciesen con unos cuartillos de vino.

Concluída la prueba del mosto hicieron colecta por todas las casas.

La guardia era larga, y hacía preciso entreternerla. Nadie dejó de hacerles merced con sabrosos agasajos. Aquí dábanles cacahuets; allá, «torraos»; acullá, mojama; en algún sitio, bacalao

crudo; cosas todas excitantes de la sed, que ellos iban guardando en unos enormes pañuelos de colorines que la chiquillería miraba con ojos ansiosos.

Por fin sonó la hora de la procesión; las mujeres tocáronse con sus mantillicas de paño, pusieronse los hombres las chaquetas, y de la iglesia salió procesionalmente el Santo Entierro, precedido del tambor y la corneta y seguido por todo el pueblo.

Los cuatro sayones, muy serios, con la lanza al hombro, las medias caídas y el casco ladeado, daban guardia de honor a la urna santa, sin hacer caso de las burlas que les dirigían al pasar.

—¡Anda, y que buen trabajo «sus» cuesta ir derechos!

—¡Y que te tuerces, Tomiza!

La procesión salió al campo. ¿Conocéis algo más solemne, más augusto, que uno de estos sencillos cortejos aldeanos, paseando su fe por la campiña? Todas las caras pónense serias. Hay en los pechos como una angustia, una emoción, que, al cabo, se traduce en furtivas lágrimas, y los labios muévense y elévanse los corazones pidiendo al Señor que sea bendición su paso por estas tierras que guardan los afanes, los sudores y las esperanzas de todo un año de trabajo.

—Señor, bendice nuestro pan, el pan de nuestros hijos.

\* \* \*

La procesión ha llegado a la ermita que se alza sobre un pequeño cerro. El Santo Sepulcro queda en una especie de cueva inmediata, bajo la custodia de los seis soldados romanos que guardan fieramente la entrada.

El pueblo, antes de retirarse a merendar lo suyo por aquellos campos, lanza a los guardianes una última granizada de cuchufletas, que arrecia al llegar unos cuantos mozos cargados con el vino que los cosecheros envían al ejército.

Móntase entonces seriamente la guardia. El primer turno de centinela corresponde al tío *Cencerro*, que empieza a pasear lanza al hombro por delante de la puerta de la cueva. Los otros hacen corro más allá, sentados alrededor de uno de los cántaros de vino, y comienzan a trasegar cacahuets, mojama y torraos y a darle cada tiento al cántaro que lo dejan tiritando.

El centinela, que los mira con ojos envidiosos, se les acerca, al cabo, sin abandonar las armas.

—Traer acá un poco y no os lo traguéis todo.

En toda la tarde no dan paz a la boca. Se cansan de comer, porque, ¡rediez!, son muy cansás de masticar esas porquerías; mas para la bebida son infatigables. Sólo un temor nubla un momento su satisfacción.

—¿Nos habrán mandado bastante vino?

Y sobra. Cuando cada sayón ronca por su lado, aún quedan dos cántaros intactos, que unos mozos, que estaban al acecho, se llevan con gran

algazara, después de robarles los cascós, de embadurnarles con tizne las caras y de romperles el tambor.

Luego, al anochecer, vienen las mujeres alumbrándose con velas, sacan la urna santa de la cueva y la procesión vuelve a cruzar los campos en la quietud y la paz de la noche, camino de la iglesia.

A la cabeza camina un grupo de mozas, que, de pronto, rompe el silencio augusto, cantando con un sonsonete monótono, que tiene, sin embargo, no sé qué emoción a tal hora, en tal sitio y en estas circunstancias...

Una gitana se acerca  
al pie de la Virgen pura;  
hincó la rodilla en tierra,  
y le dijo la ventura.

.....  
Mirando al Niño divino,  
le decía enternecida:  
— ¡Cuánto tienes que pasar,  
lucerito de mi vidual  
La cabeza de este Niño  
tan hermosa y agraciada,  
luego la habremos de ver  
por espinas traspasada.  
Las manitas de este Niño,  
tan blancas y torneadas,  
luego las hemos de ver  
en una cruz enclavadas...

A cada estrofa responden las demás mujeres con un suspiro.

— ¡Ruega por nosotros, pecadores!

Y las candelillas que desde el cielo alumbran la procesión, titilan emocionadas y recogen las oraciones, que hasta allí suben, para presentarlas ante el trono de Dios.

— Señor, bendice su pan; el pan de sus hijos...



## El hombre del fraseo.

### VIVIR DE NO COMER

¿Se acuerdan ustedes de aquel hombre inverosímil que llevaba el nombre absurdo de Papús y se pasaba días y días sin comer, encerrado en un gran recipiente de cristal, que no nos atrevemos a llamar urna, porque a Papús, más supersticioso que un andaluz y un gallego juntos, le crispa los nervios esa inocente palabrita?

Bueno; pues Papús, el auténtico monsieur Jorge Papús, aunque sin su característica perilla, está aquí, en Madrid, en la descuidada villa y corte de los mendigos y los golfos que se han instalado tan ricamente en sus calles.

La guerra ha empujado a Papús a España, de igual modo que a tantos otros personajes, personajillos y personajillas. Como el mundo es tan chico y el único país que en él nada significa es el nuestro—nuestro, vamos al decir—, a España acuden a ganarse la vida o a distraer el ánimo los que no encuentran otra nación tan libre de preocupa-

ciones, tan descuidada del presente y del mañana y con tanto rumbo para gastarse los cuartos.

La presencia de Papús en Madrid tiene preocupado, preocupadísimo al *reporter* que escribe estas líneas.

El *reporter*, a quien pesa sobremanera su gordura—usted calcule: 105 kilos y 3 gramos de peso, y 7.000 centímetros de cinturita—, ha ensayado los 2.759 métodos conocidos para adelgazar, sin conseguir disminuir un centímetro ni bajar un adarme, y cuando, desesperado y renegando de la inutilidad de la Ciencia, impotente para restituir a sus dimensiones normales, o aunque fueran casi normales, o medio seminormales, ¡vaya!, una cintura que fué flexible y cimbreña, se ha encarado, uno tras otro, con los cien amigos médicos a quienes consulta sus aprensiones, y todos le han respondido que el único remedio infalible para adelgazar consiste en no comer, el *reporter* ha protestado contra esta terapéutica heroica e imposible.

—Si no come uno, ¿de qué va a vivir?

Y ahí en el Gran Teatro hemos tenido a Papús, que vive de no comer, y que acaba de asegurarme seriamente que eso de ayunar no es precisamente cuestión de estómago.

—¿Pues de qué entonces, señor Papús?

—De voluntad y de ambición, señor *reporter*. Hay dos motores que conducen al hombre a todas partes: la voluntad y el dinero. Para ganar di-

nero pensé yo hacerme ayunador; la voluntad hizo el resto, y yo vivo de ayunar.

Veán ustedes de qué modo tan sencillo el señor Papús resuelve el pavoroso problema de las «cornás» del hambre, liándose con el hambre a cornadas. Todos los males tienen su remedio en sí mismos.

—¿Cuándo, cómo, dónde se le ocurrió a usted, monsieur Papús, esta idea del ayunar como manera de vivir?

—Hace algunos años, cuando yo tenía dieciocho, en la India.

—Qué lejos está eso.

—Tampoco hay distancias si hay voluntad para reducirlas.

—Con permiso de usted, vamos a dejarnos de metafísicas y vengamos al ayuno. ¿Quién le sugirió a usted esta idea?

Cuenta Papús que se fué a la India cuando tenía dieciocho años, llevado de su amor al estudio y del deseo de ver tierras. Papús es químico y quería estudiar allí las particularidades de algunas plantas y descubrir los secretos de ciertas composiciones, que guardan los fakires. Observó atentamente a éstos, vió cómo algunos, por el sólo esfuerzo de su voluntad, permanecían días y días inmóviles; conoció a uno, nuevo estagirita, que llevaba cuatro años inmóvil, con el brazo derecho extendido en alto; vió cómo otro, a fuerza de voluntad, conseguía transmitir la suya a las hojas de

una planta; otros se pasaban los meses en cuclillas sin comer... Y se preguntó: «¿Por qué no he de hacer yo, que soy lo mismo que estos hombres, lo que hacen ellos?» Y decidió ensayar el ayuno, aunque sin ponerse en cuclillas, que es una postura muy incómoda.

—Pero en eso del no comer habrá algún secreto...

—Todo el secreto de los fakires consiste en poseerse y en cierta composición sintética cuya fórmula conseguí de uno de ellos y que yo he mejorado. Esta composición, que yo ingiero antes de encerrarme a ayunar, y mi voluntad constituyen mi secreto.

¿Por qué, amigo mío, guardar tan calladita esa salvadora fórmula alimenticia, ahora que, si Dios no lo remedia, vamos a tener que estudiar todos el método Papús?

Una pildorita papusiana a la hora de las comidas y otra *pilule* carbonífera a la de la calefacción solucionaban cómodamente todos los problemas que preocupan al Conde, a su heredero D. Santiago y a nosotros, infelices paganos que no tenemos a quien heredar.

Sin embargo, a creer a Papús, no hay ningún secreto en sus experiencias. La noche en que salió del frasco, después de su última exhibición en el Gran Teatro, mientras ingería en Levante un *consommé* con dos huevos y un vaso de café con leche y propina, mucha propina de leche y

de café en todas las copas que había en la mesa, Papús volvió a asegurarnos que el no comer, como el no sentir el dolor y como el no enamorarse, es pura y simplemente una cuestión de voluntad. Las facultades nobles del hombre imponiéndose a la tiranía de la materia.

—¿Y cuál es más difícil de vencer de esas tres tiranías?

—¡Oh! La mujer... La mujer es el demonio. ¿El estómago? ¡Bah! ¿El dolor? ¡Bah!

¡Voluntad, ocultismo, poder misterioso y avasallador de los astros y de las piedras taumáturgicas!... Poned todo eso en la Castellana o en la Carrera, a la hora del desfile de hermosuras... y «veréis ustedes» de lo que sirve.

—¿Cuántos días duró su primer ayuno, monsieur Papús?

—Siete.

—¿Le costó a usted mucho trabajo llevarlo a cabo?

—Mucho. Me costó mucho contenerme entonces y durante todo aquel año; pero hay, como le he dicho, una fuerza poderosa que lo hace todo: la voluntad, y un motor que le lleva a uno adonde quiere: el dinero. Yo tenía la primera y deseaba el segundo, y vencí.

—¿Es usted ambicioso?

—Como todo el mundo, como usted. ¿Usted, por qué trabaja, por qué escribe? Por el dinero.

—¡Eh, alto ahí, señor Papús! En España, los

periodistas, no trabajamos por el dinero; el nuestro viene a ser en este respecto un oficio papusiano.

—Pues entonces, ¿por qué lo tienen ustedes?

—La pícara afición, ¿sabe usted?

—No lo entiendo.

—Es posible que tampoco nosotros; pero ello es así. Mas volvamos a nuestro ayuno, o, mejor dicho, dejemos el nuestro y vamos con el de usted. ¿Dónde y cuándo ayunó usted en público por primera vez?

—En Londres. Hace veinticuatro años.

Desde entonces monsieur Papús puso en la caxilla del padrón de cédulas que pregunta por la profesión del empadronado: «ayunador», y ayunando ha recorrido el mundo entero. Cuando era joven hacía dos experiencias al mes, nueve o diez al año. Ahora, generalmente, sólo realiza una experiencia mensual.

—¿Cuántos días permanece usted en la urna?

—¡Oh!, urna, no. Es un frasco de cristal.

—¿Que lleva usted consigo a todas partes?

—No; que me construyen en cada sitio para la experiencia que voy a realizar. Y no permanezco encerrado ocho días, sino ocho veces veinticuatro horas.

—¿Usted, se prepara o se entrena, como ahora dicen los galicursis, para cada experiencia?

—Generalmente, me sirve de preparación el mismo trabajo; pero ahora, como hace ocho me-

ses que no practico, me ha hecho sufrir más esta experiencia.

—¿Sufre usted mientras permanece encerrado?

—Mucho. Me cuesta mucho esfuerzo dominarme; me pongo muy nervioso, inquieto, desasosegado; pero, al fin, consigo imponerme mi voluntad. Mis experimentos, antes que de ayuno, son de fuerza de voluntad y de resistencia.

A diferencia de antes, Papús permanece ahora de pie en su encierro todo el día. Sólo por la noche tumban el frasco para que el ayunador duerma tres o cuatro horas. Papús charla con sus visitantes para probar su lucidez.

—Y leo en la palma de la mano de los que quieren consultarme, su «apología»... Un franco la consulta.

—Mi dinero. Mi dinero.

—Natural, señor.

Un compañero que me acompaña en esta entrevista anuncia a Papús su propósito de vigilarle durante veinticuatro horas.

—No podrá usted, señor. Yo daré un premio a quien sea capaz de permanecer al lado del frasco veinticuatro horas seguidas, de pie, como yo, y sin salirse un momento del pequeño círculo que se le marque. Mil francos, dos mil francos.

—Usted no sabe lo que es capaz de hacer por ese dinero la gente de esta su casa. Así, va usted a tener los opositores a las mil pesetas.

Monsieur Papús fuera de su jaula hace una vida

metódica. No bebe vino; come poca carne, mucha sopa y mucho pan. Es muy cafetero. La víspera de entrar en el encierro toma mucho café muy cargado y, momentos antes de encerrarse, se bebe su preparación.

—¿Pero no hace usted otra cosa fuera de la jaula que vegetar? ¿Y la alegría, y el amor, monsieur Papús?

—¿El amor? ¡Oh, la, la! Yo soy un hombre de cabeza, y procuro no perderla nunca. Mi vida es una vida tranquila.

—¿Sin amor?

—Poco, poco.

¡Ay, monsieur Papús!, ¿para qué, entonces, ha inventado usted la paradoja del vivir de no comer? ¿Sabe usted lo que le digo? Que reniego de los fakires, de los imitadores de los fakires y de la cochina familia de los fakires.

¡Vamos, hombre! ¡Lagarto, lagarto!

Por lo demás, sepa usted que dentro de nada su experimento no tendrá mérito, porque lo practicaremos todos.

Nada menos que a dieciocho millones ascenderá el número de papisistas en España.

¡Y sin urna! Porque, cual los cañamones que acaban de subir bárbaramente de precio, también las urnas «van a la guerra». Hasta las electorales.

Todos reventaremos por el artículo 29.

Y uno que lo vea.



## El reporterismo en la cámara regia.

### DON ALFONSO XIII Y LOS PERIÓDICOS

Iba a publicarse un nuevo periódico. Los que no son periodistas y los escasos compañeros que no han pertenecido a la Redacción de un periódico *que va a salir*, desconocen el momento más pintoresco y dichoso de la vida periodística. Todo son planes, iniciativas e ilusiones. Allí está la redención.

Poco tiempo después, todo queda reducido a las desengañadas palabras del excelso Manuel Bueno ante el primer número de un periódico, que *echamos* con mucho brío a la calle hace diez o doce años, y que en mi ilusionado espíritu de novato produjeron imborrable impresión:

—«De vez en cuando nos reunimos, siempre los mismos escritores, en un local recién alquilado y recién empapelado; estrenamos unos muebles modestos; estrenamos unos tipos de imprenta;

murmuramos desdeñosamente de todos los periódicos en circulación; nos dejamos adormecer por un engaño grato; hacemos unos números de prueba, escribimos una o dos veces *casi* libremente y a nuestro gusto..., y en seguida nos reintegramos desilusionados al estante donde nos confina nuestra buena o mala suerte.»

Pero que nos quiten lo bailado, maestro. Aquellos son los únicos momentos felices de nuestra vida.

Yo, de mí, sé decir que si no estuviese tan bien hallado con mi suerte, no me cogiera tan escéptico y el juego no fuese tan peligroso para la integridad de mi pucherete reporteril, formaría siempre el primero en las Redacciones de todos los periódicos que van a salir. Llega uno a convencerse de que allí se va a respirar libertad; cada cual se siente pujante y seguro de eclipsar las glorias y el nombre de todos los grandes periodistas que son y han sido desde Larra a Mariano de Cavia, pasando por Carlos Rubio, Eusebio Blasco, Fernanflor, Moya, Burell, Figueroa, Ortega Muni-lla, Francos Rodríguez, Gómez Carrillo, Castrovido y demás ilustres decoradores de nuestro noble escudo, y cuando llega el momento emocionante en que el Director va preguntando a cada uno: «¿Qué va usted a hacer para

el primer número?,» ninguno se cambiaría por el mismísimo D. Miguel Moya o D. Torcuato Luca de Tena.

Cuando me fué dirigida esa pregunta en la ocasión de referencia, contesté:

—Yo me propongo hacer una entrevista con S. M. el Rey, si se digna dispensarme este señaladísimo favor. Para el periódico será una distinción honrosísima y para el *reporter* un alto honor, doblemente estimable por no alcanzado hasta ahora por ningún otro *reporter* español.

Y aquí está esa *entrevista*, reducida a escribirse a los términos que a la actualidad periodística interesaban de momento, y que el *reporter*, ajeno a todos los partidos y agremiaciones políticas, coloca, orgullosamente, en este libro en testimonio de imborrable gratitud a las bondades y deferencias de nuestro Soberano, y en recuerdo de una de las mayores satisfacciones logradas en el ejercicio de esta amada profesión.

El reporterismo, que se mete en todas partes, acaba de entrar, gracias a la bondad del Rey, en la misma Cámara regia.

La Corte de España es tenida con razón en todo el mundo por la más democrática y asequible de todas las Cortes. No viene a Madrid ex-

tranjero medianamente distinguido que no incluya en su programa una visita a Su Majestad el Rey, que le es fácilmente concedida. Cuantas personas tienen algo que pedirle llegan hasta él con la misma facilidad. Periodistas extranjeros han entrevistado varias veces a D. Alfonso XIII.

¿Por qué no habíamos de hacerlo también los de casa, mucho más respetuosos... y discretos que aquéllos?

Hacía mucho tiempo que este modesto *reporter* perseguía esta interesante entrevista, acaso con más deseo que de servir la curiosidad ajena de satisfacer la propia, que mil veces le había interrogado impaciente: «¿Cómo es el Rey?» Mas ninguna de las personas a quienes por su influencia en Palacio y amistad con el Rey me dirigí para lograr mi deseo quisieron facilitar mi llegada hasta el Monarca en calidad de periodista, y tal vez nunca lo hubiese conseguido si, dejándonos de intermediarios, no se hubiese solicitado directamente esta audiencia, que la amabilidad del Rey concedió en seguida.

No son los más espesos los muros de sillería que cierran el Alcázar regio.

Fué anteayer, último día de audiencia por ahora, el que se dignó señalar Su Majestad para recibir al *reporter*.

Si no tuviese otras cosas más interesantes que contar, yo me detendría a describir el aspecto de la Cámara a la hora de audiencia.

Los grupos que formaban esparcidos por el amplio salón, los que esperaban el favor de ser llamados por Sus Majestades: El Sr. Montero Ríos, sentado al sol, que se entra espléndido por los balcones que miran a la plaza de la Armería, y departiendo con el general Aznar y D. Daniel López, los Sres. Francos Rodríguez y Díaz Moreu (padre e hijo), que forman grupo con el alcalde y otros comisionados de Alicante que vienen a saber de Su Majestad la fecha en que se dignará visitar la bella ciudad levantina; los Duques de Alba y San Pedro de Galatino, el Conde de Casa Pavón, los Marqueses de Bayamo y Bondad Real, D. Javier Ugarte, D. José Ortega Morejón, el consejero de la Embajada francesa M. Martín, D. José Tejero, D. Justo García San Miguel y D. José de la Lastra.

Poco después llegan varias ilustres damas a la audiencia de Su Majestad la Reina: la Marquesa de Pozo Rubio, las Condesas de Torrejón y Aibar y la Condesa viuda de los Adaneros, a quien acompañan sus hijos, una lindísima señorita y un joven.

Van y vienen por la Cámara recibiendo a las personas que llegan y atentos al servicio de Su Majestad, la Duquesa de Vistahermosa, que deja al pasar una estela de simpatía, el Sr. Elorriaga, el amable Marqués de la Torrecilla y el caballeroso Marqués de la Ribera, ayudante de Su Majestad, de guardia anteayer. A ambos caballeros quie-

ro testimoniar aquí mi reconocimiento por sus atenciones conmigo.

Es recibido el primero por el Rey el Sr. Montero Ríos; su permanencia en el despacho regio no es muy larga. Cuando sale, espera otra vez en la Cámara a ser llamado por Su Majestad la Reina.

Van entrando después a la real presencia las damas y los señores que esperan. Las audiencias de la Reina terminan antes que las del Rey. Su Majestad pasa entonces por la salita que precede al despacho de recibir del Rey, y luego se detiene un momento en el pasillo que conduce a sus habitaciones para hablar con el Mayordomo mayor, señor Marqués de la Torrecilla.

Un elegantísimo y sencillo traje de seda color vino con adornos de encaje negro, realza la gentil y arrogante figura de la más hermosa de las reinas, a quien todos miran con calurosa simpatía.

La audiencia del Rey se prolonga. Han llegado otras muchas personas, gentileshombres y grandes de España, que no tienen necesidad de solicitud previa para ser recibidos por el Rey. Son las dos de la tarde. Algunas de las audiencias tienen que ser aplazadas. El marqués de la Torrecilla me pregunta si puedo volver por la tarde y luego de entrar un momento en el despacho de Su Majestad me advierte que habrá de verificarse mi audiencia de seis y media a siete. Encantado y agradecido

porque estaba temiéndome una entrevista brevísima, de la que apenas pudiese contar nada.

\* \* \*

Cuando volví por la tarde, Su Majestad me hizo el honor de recibirme en seguida, el primero de las tres personas que esperaban esta distinción.

Tendióme su mano al entrar yo en el despacho. Conforme a la etiqueta, me incliné para besarla, pero el Rey lo impidió y estrechó cordialmente la mía.

Este saludo, que muchos juzgan como una mera fórmula de cortesía, descubre, mucho mejor que sus palabras al hombre con quien vamos a departir. Desconfiad de aquellos que os abandonan su mano sin responder a la presión de la vuestra. Son espíritus fríos y egoístas. En cambio, en estos otros que os aprietan vivamente la mano, encontraréis siempre un hombre y un corazón.

—Perdone usted—se dignó decirme Su Majestad con cortesía de Rey, invitándome a tomar asiento en un sofá, mientras él lo hacía en la butaca vecina—que le haya hecho volver ahora, pero por la mañana tenía, como usted vió, mucha gente y poco tiempo; y yo quería hablar con usted un buen rato. ¿Usted fuma?—me preguntó, sacando la petaca y ofreciéndome un cigarrillo.

Mientras lo enciende, yo examino curioso al Rey, que va vestido sencillamente, de americana

clara y me dejo en seguida conquistar por la simpatía que fluye naturalmente de su persona y por su sencillez. No se olvida uno de que es el Rey, pero, lejos de sentirse intimidado, encuéntrase complacido al lado de este muchacho fuerte, robusto, inteligente y cordial, que habla bien y enterado de las cosas, demostrando un excelente y perspicaz sentido.

Oyéndole, se me antoja que Su Majestad, en quien se ve que sabe tantas cosas, tiene, como Sagasta, el envidiable don de asimilación que le hace aprender rápidamente las no sabidas, que fué la gran fuerza del famoso político.

Nuestra conversación, como es de rigor guiada por el Monarca, redujose al tema periodístico, que vi, no sin asombro, que le es muy conocido hasta en el aspecto más íntimo.

—¿Cuándo sale *La Tribuna*?—me preguntó así que hubo encendido el cigarrillo.

—El día primero de Febrero, señor.

—Vienen ustedes en un buen momento, y pueden, y yo lo espero, hacer un gran periódico. En España tenemos un periodismo admirable. Con menos medios, porque aquí se venden los periódicos a un precio inverosímil, tenemos periódicos tan buenos o mejores que en el Extranjero. Nuestros periodistas son de una honradez que no pueden quebrantar contadísimas excepciones, verdaderamente admirable, y que es un reflejo de la honradez y la austeridad del carácter español,

¿verdad? La de español debe ser la primera cualidad de un periódico. Pueden éstos tener y defender todas las ideas, monárquicas o republicanas, socialistas o anarquistas con el apasionamiento natural de quienes las profesan convencidos, ¿verdad?; pero sobre ellas han de poner sus sentimientos patrióticos y los intereses de la patria. ¿Usted conoce periódico más enemigo del Gobierno y del régimen francés que *Le Gaulois*? Y, sin embargo, este diario es el primero en dar un alto ejemplo de patriotismo, poniéndose al lado del Gobierno en aquellas cuestiones que afectan al interés patrio. Por esto yo creo que los periódicos deben dar preferencia a aquellos asuntos que se relacionan directa e íntimamente con la vida nacional y tienen para ésta mucha mayor importancia y trascendencia que el chismorreo sobre la cara que puso al levantarse el presidente del Consejo o su propósito de nombrar director general a éste o al otro. Las cuestiones comerciales, las agrícolas, las industriales, las artísticas y las demás de cultura, sin olvidar la estadística, que puede parecer aburrida, pero que enseña tanto, deben de constituir la medula de un periódico. Para mí, la parte más interesante de un periódico es ésta. Poco importa que al público frívolo se le caiga el papel de las manos al llegar aquí y encuentre insulsa la lectura. Esa es la prueba de la mayor bondad de un diario. Claro es que nada de eso está reñido con la amenidad y la variedad que

debe tener el periódico para ser agradable a todos. No hace falta añadir que los periódicos han de tener además una grande y buena información, ¿verdad?

Después Su Majestad quiso enterarse minuciosamente de nuestra organización, de los nombres de nuestros redactores, muchos de los cuales le son, naturalmente, conocidos, de las secciones que cada uno tiene a su cargo, de las ediciones que vamos a hacer, de la hora de salida; y al hablar de todas estas cosas, que son tan íntimamente nuestras y no llegan al público, Su Majestad asombró al *reporter*, mostrándose perfectamente enterado de estas interioridades de la vida periodística.

—Aquí—dijo luego el Rey—tienen los periódicos un enemigo formidable en el precio verdaderamente mezquino de venta. Es asombroso cómo los periódicos diarios y los ilustrados, cada cual en su esfera, pueden dar todo lo que dan por esos precios. Así no hay ninguno que pueda vivir exclusivamente de la venta, y necesitan ustedes de los anuncios para sostenerse, y en España no concluye la gente de acostumbrarse al anuncio; no pasa como en el Extranjero, que se acude al periódico para todo, lo mismo para hacer el reclamo de una industria que para buscar un criado. Después, los periódicos madrileños tienen un competidor formidable en la Prensa de provincias, que ha llegado a colocarse a una gran altura, y que informa amplia y minuciosamente al día a sus lecto-

res de cuanto ocurre en el mundo gracias a la baratura del servicio telegráfico y telefónico.

—Cierto, señor; y como los propietarios y los directores de esos periódicos han querido además darles color y vida, han sustituido a los antiguos redactores; las tijeras y el frasco de la goma, por periodistas de talento, y se hacen hoy en toda España periódicos admirables, como los de Barcelona, *La Voz de Galicia*, los *Liberales*, los dos *Pueblos Vascos*, la *Gaceta del Norte*, *Las Provincias*, de Valencia; *El Mercantil Valenciano*, *El Noroeste*, de La Coruña y el de Gijón; el *Diario de Cádiz*, *El Faro de Vigo*, *La Voz de Guipúzcoa*, *El Cantábrico* y *La Atalaya*, de Santander; los diarios de Málaga, Granada, Almería y muchísimos más.

—Ustedes contarán seguramente con un buen servicio telegráfico; pero ¿no les convendría además contratar con periódicos como el *New York Herald*, que tienen tan colosal información telegráfica? ¿Quién tienen ustedes de corresponsal en Londres?

—El formidable Julio Camba, cuyas preciosísimas crónicas conocerá Vuestra Majestad seguramente.

—¿Y cuánto le dan ustedes?

—Quinientos francos mensuales.

—En la Prensa española ese es un buen sueldo.

—Sí, señor. Y Camba lo estima así, porque, al señalarle, contestó al director con una carta sa-

ladísima, en la que le decía: «Usted me da quinientos francos, y yo por esa cantidad tengo que resultar un escritor estupendo.»

—Tiene mucha gracia.

Luego la conversación derivó hacia el próximo viaje de Su Majestad a El Ferrol, y entonces, contestando a sus preguntas, hablé yo al Rey de aquella divina Galicia y de mis encantadoras Mariñas de Betanzos con la emoción y el calor de mi amor exaltado a aquella región ideal. Su Majestad me honró haciéndome numerosas preguntas sobre la vida de los campesinos mariñanos, y tuvo frases de entusiasmo, ponderando la belleza de Galicia y las virtudes de sus hijos... A propósito de la emigración gallega, que hoy, por fortuna, no reviste los caracteres que quiere darle la ignorancia de las plañideras de profesión, hizo Su Majestad juicios y apreciaciones que revelan un perfecto conocimiento del asunto y una acertada orientación.

Bien pasados tres cuartos de hora, el bondadoso D. Alfonso se levantó para indicar que la audiencia había terminado, y de nuevo me tendió su mano, que despidió al *reporter* con un efusivo apretón. Salí de allí encantado y reconocidísimo a las bondades del Rey.

Sobre todas las cosas, yo soy, como saben cuantos me han dispensado alguna vez el favor de su atención, un hombre sincero que repugna por temperamento toda adulación, aunque de ella

podrían venirme los mayores bienes. Es un camino que no se ha hecho para mis pies. Yo puedo hablar, por tanto, en este caso sin que nadie vea en mis palabras otra cosa que la expresión de mi pensamiento, y decir que el Rey es un muchacho encantador, culto e inteligente, de una simpatía extraordinaria, que cautiva prontamente a quien le habla.

¡Ah!, bien hayan los procedimientos democráticos del Rey, esa cordialidad y esa llaneza con que abre su casa a cuantos quieren llegar a él. Acaso alguno de esos viejos tradicionalistas, celosos guardadores de todas las rigideces y las esquinas de la etiqueta, tuerza, al llegar aquí, el gesto...

No, no. Dejad que se acerquen todos al Rey; que su simpatía, su bondad y su llaneza tienen más fuerza de proselitismo que todas las propagandas y todos los discursos de los más elocuentes oradores, y su alto concepto de los principios políticos y el puro sentido liberal, revelado por el respeto que manifiesta para todas las ideas, hasta las más adversas, le ha impuesto al respeto, a la admiración y al acatamiento de propios y extraños, como no ha mucho me decía en Lisboa el ilustre jefe de uno de los partidos republicanos portugueses, empleando las mismas palabras con que un significado y clarividente republicano español le explicaba que el Rey había arraigado en el corazón de España «por valiente, por noble, por bueno y por liberal».



## La Vicaría y la Galera.

LA QUE NO SE CASA ES PORQUE  
NO PUEDE

Un amigo mío, en trance de casarse, me obligó días pasados a acompañarle a la Vicaría como testigo de su toma de dichos.

De ordinario usan en aquella casa una lentitud perfectamente canónica y desesperante; pero la mañana de marras el plantón fué mayor, porque los dichos de mi amigo tuvieron que aguardar a que se extendiesen las prolijas declaraciones que dos cónyuges mal avenidos prestaban en el pleito de su divorcio.

Por nuestra parte no fué desaprovechada la larga espera. Los novios, sin enterarse de la enseñanza, aisláronse en un rincón para decirse ternezas; la madre de ella, sentada cerca de un enorme brasero, todo un brasero eclesiástico, dejóse dominar de un dulce sueño—¡discreta señora!—; los otros testigos, dos viejos burócratas, tan a sus anchas en aquella grave oficina como en su nego-

ciado, empeñáronse *sotto voce* en una acalorada discusión sobre la superioridad oratoria de Maura o Canalejas, y yo me di a huronear por aquellos despachos y pasillos, a caza de noticias.

La hermana de la novia, gentil y decidida muchacha, acompañó, curiosa, al *reporter* en su excursión.

#### LA PROVINCIA, LA EDAD LOS MESES Y LA BODA

—¿Se casa mucha gente?— pregunté en un despacho.

La amabilidad del funcionario interrogado arrojó sobre mí un diluvio de cifras.

El año último se celebraron en Madrid 3.100 matrimonios. De ellos, *once* a todo lujo, *bodas de vicario*, así llamadas por officiar en ellas el provisor de la diócesis; 13 de lujo más moderado y económico: *bodas de fiscal*; 495 *de rico*, en que se pagaron en su totalidad los derechos de tarifa, llamados regulares; 1.254 que sólo satisficieron derechos *medio regulares*, y 1.327 de *caridad* o de pobres.

El *arreglo* y tramitación de gran parte de los últimos fué obra de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

La provincia donde se casa más gente es Alava, donde los matrimonios están en la proporción media de 0,69 por cada mil habitantes. A Alava

siguen, por su orden, Palencia, Canarias, Huelva y Almería.

Desconfía, lectora soltera o viudita, de murcianos, albaceteños y salmantinos. Por cada 1.000 habitantes se celebraron 0,27 matrimonios en Salamanca y Albacete y 0,26 en Murcia.

—¿En qué mes se verifican mayor número de bodas?—preguntó mi amiga.

—En Noviembre.

—¡Y yo sin enterarme!

—¿Y menos?

—En Marzo.

—¿A qué edad son mayores las probabilidades de casarse?—sigue preguntando mi acompañante.

—Los hombres *caen* con cierta facilidad entre los veinte y los treinta. En pasando de ahí... de cada ciento se dejan coger *ocho*. Las mujeres... si a los veinticinco años no se han casado, trabajo les cuesta atrapar marido. Rebasando solteras los treinta, necesitan el favor de toda la Corte celestial para que se verifique el milagro de su boda. De cuarenta para arriba, no hay santo que case a una soltera... Se establece una excepción del dos por ciento—dato estadístico—en favor de las cuarentonas ricas y en perjuicio de los desesperados pobres.

Dice la estadística que, de 100 mujeres, se casan 13 y pico antes de los veinte años; 57, de los veinte a los veinticinco; 17, de veinticinco a treinta; *cinco*, de treinta y uno a treinta y cinco; *tres*,

de treinta y seis a cuarenta; *dos*, de cuarenta y uno a cincuenta; *ochenta y nueve céntimos* de mujer, de cincuenta y uno a sesenta, y *veintitrés céntimos*, de sesenta en adelante. Hay muchas maneras de suicidarse.

Mi amiga no se cansa de preguntar:

—Y de los viudos, ¿qué? —dice ahora.

—Los reincidentes son en mucho menor número de lo que se cree. A las viudas les cuesta Dios y ayuda atrapar un *mocito*; las solteras se dejan convencer más fácilmente por los viudos. Los matrimonios de doble reincidencia son más raros. La experiencia.

—Acabemos con los números—interrumpe el *reporter* resistiendo heroicamente la tentación de lanzarse al vedado campo de las fáciles filosofías que le brindan las noticias que va recogiendo—. ¿Cuántas bodas se celebran al año en toda España?

—Pueden calcularse, un año con otro, en ciento sesenta y tres mil novecientos diecisiete.

#### ¡POR VIDA DE WEYLER! LAS CORNÁS DEL HAMBRE

—¡Vaya si se casa gente!—digo al conocer la cifra.

—No, señor; no se casa—rectifica mi amigueta, rabiosilla—. De eso sé yo mucho más que estos

señores. Apunte usted también lo que yo le diga, y hágase cuenta de que hablan por mi boca unos cuantos miles de muchachas sin dote.

«El amor, para la mayor parte de los jóvenes de ahora, no es factor matrimonial. La belleza y la bondad de las mujeres, tampoco. Ya no preguntan los hombres: «¿Es buena?», sino: «¿Cuánto tiene?...» ¡Y luego aquella Real orden de Weyler o del demonio prohibiendo la boda a los tenientes! Una iniquidad. ¡Figúrese usted!, a capitán no llega nadie antes de los treinta, y en pasando de esa edad, ya ha oído usted al señor estadístico: de cada ciento se dejan cazar «ocho»..., y si los ocho son paisanos, ¡ayúdeme usted a sentir!... Y luego que cada día se casan menos hombres, ¡vaya!»

Como viese en una de aquellas notarias dos ex jamonas, mujeres del pueblo, cuyo lujo chillón y descarado ostentar de alhajas denunciaba su lucrativo oficio de fiadoras, tomándose los dichos con dos hombres jóvenes con cara de privaciones y flamantes trajes nuevos:

—¿Eh, qué tal?—dijo indignada—. ¿Que le parece a usted? Eso del dos por ciento de las cincuentonas ricas es un «camelo» de la estadística celestial. Pero, ¿y ellos? ¿Qué me dice usted del estómago de ese par de...

—¡Más «cornás» da el hambre!—interrumpió filosóficamente cierto curioso y anfibio personaje, entre eclesiástico y seglar, de ojillos vivos, cara

rasurada, lengua larga y ropa negra; crónica viviente del vicariato, que olía a cien leguas a agente de matrimonios—. La señorita tiene razón. Cada año se casa menos gente y el dinero hace más bodas. Ya ve usted; antes los matrimonios de pobres no bajaban de mil setecientos al año. Ahora..., si no fuera por los «amontonaos» que casan las señoras de las Conferencias, ¡vamos, hombre!, ni dos docenas «de gratis»...

#### LA SEGUNDA LUNA DE MIEL

—¿Y divorcios, hay muchos?

—¡Tampoco hay de eso!... Les digo a ustedes que se está poniendo la Vicaría que no se va a poder venir. Al año entran aquí unos cien divorcios... pero en seguida se arreglan... «¡Na!», un juguete «pa» las señoras. Porque son ellas las promovedoras de los divorcios, y luego... Los hombres somos de otro modo. Decimos se acabó, y se acabó... Bueno, hay excepciones. Pero, las mujeres... Mire usted, dato exactísimo: de los cien divorcios que dije antes, en ochenta casos se arreglan los cónyuges antes de acabar el año... y de los que no se arreglan, apenas si se conceden tres o cuatro separaciones.

—¿Del todo?—pregunta mi amiguita.

—No—le contesto—. Aquí el divorcio es de mentirijillas.

—¿De manera que vienen... muy enfadados?

—Y en seguida «arreglaos», señorita, «arreglaos». «¡Na!». Otro viajecito de novios. Es la ventaja de estos divorcios: que luego sobreviene otra segunda luna de miel. No diré yo que todas, pero algunas, puede ser, puede ser que sólo pidan el divorcio para eso.

Aquí ha habido pleitos de estos divertidísimos. No nos olvidaremos nunca de aquella condesa o marquesa que se las tenía tiesas con el propio Cavalario, pongo por canonista. Ella no esperaba la intervención de su abogado para defenderse. Pedía una cosa el de su marido, y en seguida estaba ella visitando al provisor.

—Me opongo—decía—. El artículo tantos, la decretal cuantas y la encíclica tal no permiten que se acceda a la petición del letrado contrario.

¡Tenía un empeño en divorciarse! El señor provisor se echaba a temblar en cuanto le decían que estaba en la casa la condesa.

—¿Y ganó el pleito?

—Sí, señorita. Tenía razón y se la dieron... Pero en seguida se volvió a «ajuntar» con su marido.

## TAMBIÉN LA GENTE DEL PUEBLO...

—Las desavenencias conyugales, ¿se resuelven sólo aquí?

Yo refiero a la incansable preguntona cómo llega ocasión en que las mujeres del pueblo a quienes tocó en suerte un mal marido, hartas de golpes y malos tratos, acuden en queja a la Comisaría del distrito, que pasa el asunto al Juzgado municipal.

La mujer busca refugio en casa de cualquier pariente o amiga, y los cónyuges no vuelven a verse hasta el día señalado para la celebración del juicio de faltas.

En la antesala del Juzgado, marido y mujer procuran aparentar indiferencia. De vez en cuando se miran de reojo; receloso él, emocionada ella. Entran en la sala de audiencia; lee el secretario el parte de la Comisaría; llora la infeliz; no acierta él a ocultar, tras mal fingido aire de esposo ofendido, la intranquilidad que le domina.

—¿Es cierto—pregunta el juez—que su esposo la ha maltratado?

—Sí, señor—dice ella cuando el llanto se lo permite—. Pero no quiero que le castiguen. Le perdono.

Y allí concluye todo. A la magnanimidad de la esposa corresponde en algunos casos el arrepentimiento del marido. Otras veces, no. Y vuelve a

repetirse el suceso y torna la mujer, generosa, a perdonar.

—¿Ve usted? Si nosotras somos muy buenas.

—Espere usted, amiga mía.

## EL NUDO GORDIANO

En cierta ocasión visitaba yo, con otros compañeros, el penal de mujeres de Alcalá, la «Galera», como vulgarmente se le llama.

—Diga, hermana—pregunté a una de las monjas que nos servía de amable «cicerone»—, ¿qué delito es el que trae aquí más mujeres?

—El marido, señor—contestó la sor sencillamente, mirándonos con ojos dulces.

Cierto. No son en mayor número en la «Galera» las infanticidas, ni las homicidas, ni las «asesinas», ni las ladronas. El delito que mayor contingente da a la «Galera» es—¡oh, feliz novio en vísperas!—el «parricidio».

De las 300 reclusas de Alcalá, 69 son parricidas.

—¡Oh, calle usted! ¡Calle!...

Nos llamaron. Los del divorcio habían concluido de absolver posiciones (declarar).

Mientras sus dos abogados discutían vivamente lo procedente de cierta diligencia probatoria, salió la mujer llorando al pasillo. Fuese tras ella, por irresistible impulso el marido.

—¡Concha!...—la llamó bajito.

—¡Vete! ¡Infame, infame!...

Se acercó a ella sumiso y arrepentido. Apasionadamente la habló muy quedo. Escuchaba ella, fingiendo no oír.

—Vea usted, amiga mía—dije a mi compañera de aquella mañana.

—Déjeme, que estoy rezando a la Virgen para que hagan las paces.

El marido siguió cuchicheando vivamente al oído de su mujer. Alzó ella, al cabo, la faz llorosa, le miró con ansia.

—¿De veras?—dijo—. ¿No me engañas?

—¡No! ¡Te lo juro!—contestó él emocionado y suplicante—. ¡No llores más! ¡No llores más! Se acabaron las lágrimas. ¡Lo juro!

Mi amiga murmuró quedito:

«No me llores, no me llores;  
que me parecen, llorando,  
la Virgen de los Dolores.»

Se alejaron, tiernamente cogidos del brazo, besándose con los ojos, llorosos aún, felices...

Dentro, sus abogados continuaban discutiendo vivamente, apedreándose con artículos y textos legales a propósito de lo improcedente de cierta diligencia de prueba...

## INDICE

	Páginas.
Dedicatoria.....	VII
La amiga del Rey.—Dos conspiradoras.....	1
En el tranvía.....	13
De la feria cordobesa.—Los gallos.....	16
Un hombre bueno.....	22
Al hilo del divorcio.....	34
Las hermanas Suárez.—«Yo me quería casar...».....	37
Casi parlamentaria.....	46
El Conde y los colegiales.—«¡Por aquí no pasa nadie!».....	52
El Príncipe bohemio.—De cómo no se puede tener corazón.....	57
Varela o la fuerza del sino.—De la época de «los crímenes».....	67
Cosas del Real.—La «redondilla» y los platónicos.....	75
Cómo trabajan.—Linares-Rivas.....	81
Un santo.—El hermano Juan.....	90
De pesca.—Lo que cuesta coger una merluza.	103
«Don Francisco».—El hombre más pequeño del mundo.....	113